



**XXXVI CONCURSO
DE CUENTOS
NAVIDEÑOS**

DICIEMBRE 2021.

**EXCMO. AYUNTAMIENTO DE
REMOLINOS (Zaragoza)**



CATEGORIA "C"

PRIMER PREMIO

"BROMA NAVIDEÑA"

Autor: Miguel Ángel de Luis Salas de Zaragoza

Me despierta un ruido estridente que aumenta progresivamente hasta taladrar mi cerebro a la vez que me esfuerzo en ubicarme. Trato de desperezarme y por fin soy plenamente consciente de que es martes, el sonido es el de la sirena de una ambulancia que acude al traslado de un vecino que acaba de resbalar con las primeras nieves. Tal y como se produce la inmovilización y por los gestos del resto de vecinos apostados en las ventanas, el "vecino del deportivo tuneado" (de alguna forma hay que llamar a alguien con quien te cruzas a diario y desconoces su nombre de pila), tardará en hacer vida normal.

Mientras desayuno intento hacer memoria para recordar de qué pueblo aragonés traían la sal que evitaba la formación de placas de hielo, lo tengo en la punta de la lengua pero no hay manera, no consigo resolver el dilema entre Remolino o Remolinos, el caso es que estoy decidido a no caerme por el hielo, al menos en mi trozo de acera.

El día amaneció con ese frío acompañado de cierzo que hace que muchos eslavos se arrepientan de haber dado con sus huesos por estas latitudes aragonesas. Bien pertrechado salgo a la calle, o mejor dicho lo intento. La calle no es ancha y Pedro, en este caso sí conozco el nombre de pila, ha apartado toda la nieve de su puerta para taponar mi portal. Por supuesto también tiene mote pero me he prometido a mí mismo, seguramente invadido por el espíritu de la Navidad, evitar emplearlo por ser excesivamente soez e implicar a su santa madre, la cual, dicho sea de paso no creo que tenga culpa de nada.

Llegué tarde al trabajo por culpa la nivea generosidad de mi vecino, aun así la jornada se hizo pesada por las bromas de mis compañeros. Cuando ya nos disponíamos a cerrar los despachos, en esas horas en las que el estómago comienza a protestar reclamando nutrientes, un compañero me ofreció un invento suyo para retirar la nieve, así el que llegaría tarde al trabajo al día siguiente sería el vecino y no yo.

El aspecto del armatoste asustaba, se trataba de un cortacésped debidamente acondicionado para evacuar la nieve y dirigirla al punto exacto de las intenciones del operario, es decir, de mí.

Nunca hubiera imaginado la fuerza con la que expulsaba cualquier elemento que succionara, de hecho me hubiera gustado ver mi cara de sorpresa

cuando la estrené tras la fortísima nevada de la mañana de aquel 24 de diciembre (tan copiosa, que la que llegaron incluso a bautizar con el nombre de Mortadela en el Telediario de Piqueras). El sonido que produjo aquel canto al atravesar el ventanal de la cocina de mi vecino, pensé que alertaría al resto de viandantes y se me caería el pelo.

Como buen cagueta me hice el despistado, y a una velocidad más propia de alguien mucho más joven en año olímpico, guardé el artilugio en el garaje, antes de calentarme un café en mi casa, es decir, a esconderme burdamente.

De nuevo las sirenas que iniciaron este breve relato hicieron acto de presencia, esta vez para evacuar a mi vecino. La pequeña multitud que se movilizó en su portal no cesaba en señalar el inmueble del culpable, que por cierto estaba bien cerca.

No pensaba yo que tuviera tantos remordimientos cuando no quedándome más remedio salí a comprar la barra de pan cotidiana y Yoli, la panadera-reportera me puso al día de las novedades. Pues sí, algún desalmado le ha tirado una piedra y le ha abierto la cabeza, lo descubrió su hijo tirado en la cocina en un charco de sangre, comentaba en tono desgarrador de telenovela.

El resto de sus clientes acentuaban lo trágico del suceso añadiendo matices de la época del año en la que nos encontrábamos. Sirva de ejemplo el de una señora mayor quien, con los ojos llorosos, incorporaba al relato a los familiares que iban a disfrutar de una agradable cena con pequeños correteando por el salón entre villancicos, turrón y alguna que otra bebida espirituosa para los adultos.

Los remordimientos pasaron a un nivel superior, insoportables en realidad. No he presunido en mi vida de ser buena persona, tampoco mala, posiblemente carezca de antecedentes penales, salvo por algún exceso de velocidad fruto de las hormonas adolescentes que ya deberían estar cancelados.

En un arranque de valentía me abroché el abrigo impermeable y decididamente me dirigí a presentar mis disculpas al vecino, o mejor dicho a sus familiares, pues intuía que aún permanecía hospitalizado. Paralizado por el pánico tuve que regresar a mi casa, convertida ese día en la guarida de un malhechor, al escuchar que había fallecido.

Lloré y me arrepentí una y mil veces de mi ocurrencia, bajé con decisión a destrozarse a martillazos el causante de tal desgracia, con la vana intención de que sirviera de alivio a mi alma atormentada. La mariscada que había preparado al mediodía se quedó sin tocar, como lo fue el resto de sabrosas viandas que con ilusión había ido recolectando a lo largo del mes de diciembre.

Visto que no tenía nada nada que ocupara mi mente de forma constructiva decidí acostarme a una hora impensable por temprana. Antes de que pudiera conciliar el sueño, pero ya habiendo adquirido el calorcito de las mantas escuché por la ventana unos villancicos mezclados con carcajadas, y seguidamente algún desalmado hizo sonar con impertinencia el timbre de la puerta.

Pensaba en hacer ver a aquellos alborotadores que no todas las personas tienen el mismo ánimo, ni a todas les cala e impregna el espíritu navideño, no duró mucho mi mentalización, nada más abrir en el quicio de la puerta se destapó el pastel. Allí estaban todos, el vecino con una minúscula tirita sobre su ceja, la panadera, la abuela de la panadería, la panadera, el camillero, el conductor de la ambulancia quienes gritaron al unísono aquello de: ¡¡¡Feliz Navidad!!!

El enfado duró “na y menos” que dicen en el sur, no me dieron opción a reaccionar y me llevaron en volandas a su casa, la broma he de reconocer que estuvo bien, y aprovechando que no oyen he de decir que no estuvo nada mal la cena.

Ya en casa me tomaba la botella medio llena cavilando que tenía un año entero para devolvérsela y así corresponder la fantástica noche que me habían hecho pasar mis vecinos.

CATEGORIA "C"

SEGUNDO PREMIO

"BUSCANDO EL NORTE"

Autor: Lourdes Aso Torralba de Jaca Huesca

BUSCANDO EL NORTE

CATEGORIA ADULTOS

PSEUDONIMO. VIENA

La tarde que Michael Ludwing nos alertó en la emisora de radio sobre la falta de suministro eléctrico, utilicé mi último chelín para encender una vela en la Catedral de San Esteban. Ese día no me entretuve en subir las escaleras de caracol para contemplar el bullicio de las calles de Viena, ni me acerqué a la puerta de los Cantores.

Delante del Cristo crucificado me santigüe varias veces mientras apretaba con fuerza un pañuelo empapado de lágrimas dentro del puño.

-Nada menos que en Navidad -pensé mordiéndome los nudillos con desesperación.

Salí a la plaza Stephansplatz y vi que los peatones no conjugaban verbos como cenar, ni agradecer. Tampoco llevaban atravesado en el pecho el sustantivo Nochebuena, ni el calificativo feliz, ni el adverbio siempre, ni la preposición con. Seguían caminando todavía incrédulos a las noticias, esperanzados de que por la proximidad de la festividad de los Santos Inocentes al señor alcalde se le hubiera ocurrido gastarnos una broma. Todos siguieron encendiendo árboles y belenes, hornos y estufas para combatir las temperaturas bajo cero.

Yo recorrí varios distritos de Viena y fue al otro lado del Danubio donde reparé en una diminuta tienda de empeños. Al entrar, sonó una campanilla. Me atendió un hombrecillo que bien podría haber dicho que se asemejaba a Papa Noel. Cuando le pedí velas, se rascó la cabeza.

-Nadie quiere alumbrarse con cosas de viejos. Pero ha tenido suerte. Tengo uno de esos candelabros de nueve brazos que solían utilizar los judíos durante la celebración de su fiesta de la luz. ¿Conoce la leyenda? Dicen que con un chorrito de aceite pudo estar encendido durante nueve días, aunque eso depende de si usted enciende todas las velas de golpe o una a una -rió enseñando los tres o cuatro dientes que le quedaban.

Cuando volvió a azotarme el aire gélido sobre la cara pensé que solo un apagón sería capaz de hacernos salir de las toperas. Que por fuerza se atrevería a llamar a mi timbre el vecino para preguntar si me sobraban dos cerillas y si podía calentar el biberón del niño de alguna manera. Que estar a oscuras nos obligaría a acurrucarnos en los brazos ajenos, regresar a la camaradería, pedir perdón por la tontería esa del orgullo y la autosuficiencia.

A eso de las siete de la tarde, debido a la excesiva demanda de energía, se colapsó el suministro y una a una fueron apagándose todas las luces de la ciudad.

Se hizo la oscuridad antes de terminar los guisos, a medio camino de los abrazos, en mitad de las carreteras y con el cielo tan encapotado que no había forma de seguir la estela de la Vía Láctea para orientar el norte porque tampoco las estrellas tuvieron piedad y cerraron los ojos.

Esa fue la hora en la que más veces escuché, como en un susurro, que no podía pasar eso en Nochebuena. Que bastante habíamos tenido con la pandemia como para que por segundo año nos quedáramos sin fiesta.

Durante los primeros minutos, cada uno permaneció en su lugar. Aguardando a que se restableciera el suministro. Pensando que nunca un apagón duraba toda una noche. Que los electricistas no tardarían demasiado en encontrar la avería y volvería a iluminarse la ciudad. Que arrancarían bombillas y semáforos restaurando el orden.

Quise decirles que este año los hornos se iban a quedar con los pavos a medio cocinar y que lo más urgente era ir buscando velas, leña y cerillas para encender el fuego de las chimeneas, pero nadie escuchaba a una charlatana como yo, que jugaba a predecir el futuro delante de una bola de cristal.

Desde la repisa del hogar, el niño Jesús parecía divertido. Con el crepitar de los troncos, en el salón había un juego de luces y sombras. Por lo demás, silencio. Todavía.

Si hubiese sido niña, los nudillos en la puerta me habrían hecho saltar de emoción. Habría pensado en los regalos de Santa Klaus, en la visita de los abuelos, en la magia de la Navidad. Pero cuando se han vivido tantos años como yo, los golpes solo indican una cosa, que alguien te va a pedir algo, lo que sea.

-¿No tendrá usted como calentar las sopas?

-¿Tiene alguna vela para alumbrar? Los niños están asustados.

-¿Le queda alguna manta , aunque sea vieja? Hace tanto frío que vamos a coger una pulmonía.

Durante un buen rato fueron desfilando los vecinos y marcharon con algo bajo el brazo. Ninguno preguntó si yo necesitaba algo, si estaba bien.

Cuando el reloj de la Catedral de San Esteban marcó las doce, hora en la que había nacido el niño, a más de uno se le ocurrió aplaudir, por si así podían ir entrando en calor y espantar el miedo.

Pensé que era el principio de una renovación de espíritu. Que a lo mejor el resto de la noche se utilizaba para hablar de lo humano y divino. Por eso de que la unión hace la fuerza.

Fue con la llegada del alba que empezaron los suspiros. Los llantos no, porque los niños no habían dejado de llorar, los abuelos hablaban del fin del mundo y los demás esperábamos el milagro.

Dos días después volvió la luz. Cuando ya flaqueaba la esperanza. El alcalde fue breve cuando habló del verdadero mensaje de la Navidad. Que cada cual mirara hacia adentro. No se atrevió a decir que el apagón había sido cosa de Dios, que tiene mil formas de manifestarse, pero yo no tenía ninguna duda. En la bola de cristal todavía no había visto cuánto iba a durar la tregua.

CATEGORIA "B"

PRIMER PREMIO

"EL LOBO QUE NO TENÍA AMIGOS"

Autor: Iñigo Alcibar Casas de Remolinos
Zaragoza

EL LOBO QUE NO TENIA AMIGOS

Había una vez un lobo que vivía en la nieve. El no tenía muchos amigos, siempre solía estar solo con su dueño y se aburría mucho. Un día decidió salir a dar una vuelta con su dueño, y se encontró con un lobo y se hicieron muy amigos, pasaban muchísimo tiempo juntos y jugaban mucho. Faltaba un mes para Navidad y él siempre pedía paz y armonía, pero este año era diferente porque pidió tener muchos amigos. Todas las noches de navidad se concentraban en el árbol más grande del bosque y aullaban todos los lobos a la luna y cada uno pedía un regalo. Aquella noche el lobo no podía dormir porque estaba intrigado por ver si su regalo se iba a cumplir. El día siguiente como todas las mañanas se levantaban y salían a pasear por el bosque, fue una vuelta larga y recorrieron todo el bosque él y su amigo corriendo hasta llegar a un riachuelo donde se encontraron a dos lobos bebiendo agua y decidieron hacerse los cuatro amigos, fueron hacia casa y se encontraron a otro lobo con el que se hicieron amigos también y acabaron siendo todos muy amigos y el regalo del lobo se cumplió y todos acabaron felices y comieron perdices.

EL BOSQUE NEVADO

CATEGORIA "B"

SEGUNDO PREMIO

"LA MÁGICA NAVIDAD"

Autor: Guillermo Junza Domínguez de
Remolinos Zaragoza.

LA MÁGICA NAVIDAD

Había una vez, un pueblo, en el que sucedían cosas mágicas.

En Navidades lo que pasaba era muy especial. Todos los niños deseaban que llegaran esas fechas, ya que todo lo que era necesario se cumplía. Uno de esos días llegó un coche a la plaza en el cual vino una familia con dos niños, eran unos vecinos nuevos para el pueblo.

Los niños que estaban jugando en la plaza, fueron a preguntarles si querían jugar con ellos, los niños muy contentos dijeron que sí, de donde ellos venían no tenían amigos así que ya empezaban a suceder cosas mágicas.

Jugaron en la plaza durante mucho rato, y los niños les dijeron que iban a suceder muchas cosas mágicas, ellos felices se fueron pensando que es lo que pasaría en su casa.

Por la mañana se levantaron y era el día de Navidad. Había caído una gran nevada, jugaron firmando bolas durante mucho rato.

Y todos se fueron a comer allí
les esperaban muchas sardinas.
Manuel que era el niño nuevo cuando
llegó a casa, a su tata le habían
dado un trabajo. Se puso muy contento
Mania que se les compró el coche
y no podía arreglarlo, les fue uno
nuevo en un santeo.

Era por la tarde y jugaron en la
plaza otra vez a tirarse bolas de
nieve y se fueron a merendar
todos juntos.

Por la noche vienen a muchos
niños bajando hacia el tabellón y
juegan con todos, dizen sus nombres
y eran unos regalos para ellos
A Manuel una pelota de fútbol
A Mania una camiseta
A Juan una bicicleta y
A Mania un peluche. Se fueron
conriendo a sus casas con el
regalo muy contentos y con
colorado este cuento se ha acabado.

Oveja de Río

CATEGORIA "A"

PRIMER PREMIO

"LA FABRICA DE JUGUETES"

Autor: Vega Carcas Pérez de Remolinos
Zaragoza

LA FABRICA DE JUGUETES

Madre mía! - exclamó Papá Noel -
¿Que pasa? - dijo de repente el elfo Próspero -
Han destruido todos los juguetes que habíamos
fabricado y que estaban guardados para esta
Navidad - contestó Papá Noel -.

Pero los niños se quedarán sin regalos, y eso no
puede ocurrir - dijo nervioso.

¡Arbolito, Estrellita, Pregelitos, Lucecita, Botitas!
- gritó Próspero - ¿que pasa! exclamaron todos asustados.
Veían que a Papá Noel le ocurría algo y no dudaron
en ayudarlo. Venga Papá Noel díenos lo que tenemos
que hacer y todos te ayudamos.

Pues vamos allá mis queridos elfos...

Pregelitos tu construirás los juguetes que cada niño
haya elegido, Arbolito tu los pintarás de colores
alegres y divertidos, tu Estrellita les irás leyendo
la carta para así saber que juguetes construir y
Botitas, tu te encargarás de pensar los colores.

Todos a trabajar!. Y así lo hicieron. Botitas se dio
cuenta que faltaban dos colores en la estantería
muy importantes en esas fechas tan señaladas,
el rojo y el verde. Decidió ir al almacén del elfo
Pinturitas y al llegar estaba cerrado. Botitas tuvo
otra idea para conseguir la pintura. Ir al almacén
de humanos. Era una idea arriesgada pero no había
otra elección. Fue a la fábrica a coger el trineo
y el mapa, y tenía tanta prisa que ni se despidió de
los elfos. Botitas había llegado a su destino pero
se despidió con una casa que había al lado muy
bien decorada con su árbol de navidad y
espumillón en las ventanas. Le gustó tanto que
decidió entrar. Botitas fue a parar al cuarto
de una niña. Él, sólo oía dos voces.

¡Mamá! ¿cenamos ya?

Provecho para darse una vuelta por la habitación, y se dio cuenta de que había una carta que la niña había escrito y decía así:

Querido Papa Noel:
Este año me he portado muy bien y he tenido muy buenas notas. Por eso, me gustaría pedirte unos rotuladores, unos bolígrafos, una casita de muñecas pin y pon, un peluche y un ordenador. Y por último quería pedirte como deseo, conocer a tus elfos y viajar a su mundo.
Firma: Ariana

Botitas siguió mirando la mesilla de Ariana y no se dio cuenta de que la niña había entrado en la habitación.

¡Hhhhh! - gritaron los dos a la vez -

Botitas salió corriendo por la ventana con su supervelocidad de elfo, sin darse cuenta de que Ariana se había subido a su trineo.

Nada más llegar a la fábrica, Ariana saltó rápidamente.

Botitas, ¿dónde está la pintura? - le preguntaron -

Pues que me entretuve en... en...

¡Hola elfos! - dijo Ariana como si los conociera de toda la vida - ¿Os puedo ayudar? -

Se miraron todos extrañados sin saber como podía haber llegado ahí una niña.

Pues... ¡si claro! - dijo Estrellita -

Pasaron muchas horas trabajando y a Ariana le había tocado envolver los regalos antes de meterlos al saco. Los elfos se dieron cuenta de que la niña parecía una más de ellos. Botitas le dijo que su deseo se había cumplido y que si ella quería, la convertían en la elfa Arianita.

¡Tom... castañal! ¡Siiii! ¡castañal!

HECHIZO DE ELFO

Si a una niña quieres hechizar
quieta estarás sin rechistar
La mano izquierda levantarás
y a la pata coja andarás
sin darte cuenta la elfa Arianita
serás.

De repente tenía orejas y gorro de elfa. ¡No se lo podía creer!. Tenía mucho trabajo por delante todavía y estaba muy feliz de poder ayudar a cumplir los deseos de los niños. Tras unos días duros de trabajo y ya habían terminado Arianita cayó rendida y se durmió. Los elfos pensaron que era un buen momento para llevarla a casa y devolverla al mundo de los humanos. Así que Botitas que se sabía el camino la llevó directa a su camita. Le quitó el gorro de elfa y junto con una nota lo dejó en su mesilla.

Arianita gracias por habernos ayudado.
Muchos niños hoy serán más felices
gracias a ti y sobre todo...

¡NUNCA PIERDAS LA ILUSIÓN POR LA

NAVIDAD Tu amigo
Botitas



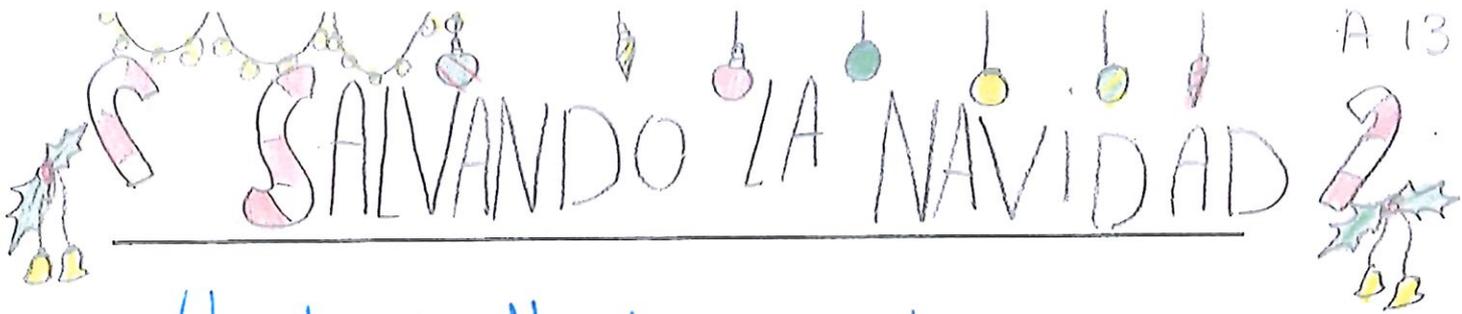
Cuando Ariana se despertó, vio lo que había en su mesilla, se acordó de todo lo que había ocurrido perfectamente y tenía claro que esta navidad había tenido el mejor regalo posible.

CATEGORIA "A"

SEGUNDO PREMIO

"SALVANDO LA NAVIDAD"

Autor: Alexia Daniela Manea de Grisén
Zaragoza



• Un día de Navidad que estaba nevando un niño quiso hacer el árbol perfecto ya que en su pueblo no se celebraba, estaba prohibido, era una ley del alcalde. Al alcalde no le gustaba nada la Navidad, la detestaba. Pero Mikel se propuso salvar la Navidad. Pensó varias formas pero no encontraba solución hasta que un día se le ocurrió la magnífica idea de construir un trineo. Él cogió una libreta y apuntó su idea. Buscó los materiales que necesitaba para hacerlo, llamó a las casas y lo consiguió. Llamaron al timbre de Mikel, su mamá fue a ver y le llamó. Mikel fue enseguida, se trataba de sus amigos Jorge y Lidia. Fueron a la habitación de Mikel. Mikel les explicó su plan y Lidia y Jorge les quiso ayudar. Los tres después de un buen rato decidieron descansar. Vieron un rato la tele, de repente vieron que el alcalde iba a quitar todo tipo de decoración. ¡Hasta podrían quitarles el trineo! El alcalde tiene cámaras que grababan todo, hasta en las casas y sabían que vendría a quitarles su trineo. Deprisa fueron a esconderlo pero más tarde se lo

y le echaron el polvo al trineo y lo lograron,
se subieron y volando hicieron la Navidad,
estaba nevando y todo el pueblo estaba
con decoración, desde allí la Navidad
será para siempre ♡.

¡Feliz
NAVIDAD